

68504

“La Aurora de Chile” (1)

“... a mediados de 1812 navegaba muy suelta de velas y de cuerpo una fragata en viaje a Valparaíso, sitio, a pesar de su nombre promisorio, donde el diablo pidió alafia, palabra “familiar”, dice el Diccionario.

La fragatita —ni goleta, según otros— cargaba con un bulto sospechoso de insurgencia: una imprenta pichiruche, pudiendo decirse, en consecuencia, que venía encinta de La Aurora. Un bulto para Mateo Hoevel, el sueco de los cuatro reales audazmente empleados.

La Colloway logró sacarle el cuerpo a las olas en que pena el Caleuche y el fardo brujo siguió del puerto a la capital, parte en carreta y parte a lomo de macho.

Estremecido por la emoción, “Quirino Lemáchez” bendijo la imprentita con sus manos manchadas de tinta y el Gobierno de Carrera instaló el artefacto en la muy docta —así aseguraba en sus impresionantes sellos en cera roja— Universidad de San Felipe.

Total de gastos —aún no había necesidad de que la Contraloría estuviera con cuatro ojos— 6.768 pesos y medio real: una jiña por más que cada real de entonces bien mereciera su nombre porque llenaba la mano y luego las tripas...

El sueco quedó muy feliz; tomó una tercera ciudadanía; pero más adelante, no bien lo atrapó San Bruno, lo fletó bien asegurado a comer choros asados a Juan Fernández.

Se contaba, pues, con una prensita de imprimir bandos, boletines y hasta un periodiquito; pero no había periodistas, ¿y en qué parte de la tierra los había entonces?...

En todo caso, la persona más indicada, por no decir la única, a quien encomendarle la misión de dirigir y publicar el primer periódico, chilentísimo y libertario, era fray Camilo, el de la Proclama, y está dicho todo.

Fue designado, en efecto, con seiscientos “pitos” anuales de los de entonces.

Un mes después —su paternidad era farruto; pero diligente como nadie—, el jueves 13 de febrero de 1812, apareció La Aurora de Chile, periódico ministerial y político, o sea, un pliego de cuatro paginitas, lo que era mucho para el tiempo y los cuatro cuartos escasos con que se contaba.

El tiraje llegaba a doscientos ejemplares y es fácil imaginarse, a pesar de que acaban de cumplirse ciento treinta y siete años, el sacudón emocional del Fraile al ver cómo cobraba vida y hacía ruido de armas la pequeña prensa en plan de creación de la nacionalidad.

No tiene, pues, nada de arbitrario imaginarse que tomara entre sus manos trémulas el primer número de La Aurora de Chile estrechándolo contra su corazón inflamado.

He ahí la actitud en que “Quirino Lemáchez” debe reaparecer en bronce, o sea, el momento en que abraza la hojita inmortal que se pronunciaba arrogantemente contra todo derecho que no fuera la expresión del libre consentimiento de los nacidos en esta tierra.

¡La Aurora! gritaba la gente en las calles de camellón de aquel entonces, agitando la pequeña hoja, que era mucho más que un periódico, puesto que era una creación”.

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

(1) Fragmento del libro “La Emancipación y el Fraile de la Buena Muerte” —capítulo VIII—, del escritor E. Rodríguez Mendoza (1873-1960), publicado por Ediciones Universidad de Chile hace veinticinco años.

has ultimas Noticias, Stgo., 13-11-1976, p.5.